

El otro México de Aníbal Angulo

Vicente Quirarte

1

Me acompañan en forma permanente tres objetos mágicos descubiertos y transformados por el talento y la clarividencia de Aníbal Angulo: dos grandes vértebras de ballena gris, aliadas de la transparente liturgia del tequila, una costilla del mismo animal que enmarca el retrato de Herman Melville y una piedra en forma de cetáceo proveniente de algún lugar de Baja California, en una de las excursiones hechas por el artista en busca de criaturas y paisajes que invaden de manera obstinada sus cuadernos.

A esa trilogía se suma ahora *Bajo la piel del tiempo*, libro editado por su estado natal, que reúne las múltiples habilidades e inquietudes de Aníbal Angulo y que da fe del fotógrafo, el escultor, el pintor de paleta cambiante y sorpresiva, el muralista, el padre y el gastrónomo, el hombre de acción y de pensamiento. Para quienes estamos habituados al talento y versatilidad de Aníbal, nos asombra encontrar en él facetas inéditas: las sobrecogedoras imágenes de la isla Espíritu Santo donde el blanco y negro logran la más afortunada alquimia; las fotografías intervenidas donde el hiperrealismo se une a la herencia de siglos; las esculturas donde el teclado desechado para la ejecución ortodoxa adquiere una vida nueva y propositiva.

Desde hace casi tres décadas, Aníbal Angulo ha vuelto al denominado por Fernando Jordán *el otro México*. A la península de Baja California ha dedicado su energía. Ha vuelto a Finisterre, esa península alguna vez imaginada como isla. Ha vuelto a La Paz, donde pájaros y piedras lo esperan para contarle historias y a cambio escuchar la voz que les debía.

En Baja California, el mar es el primer maestro de escultura. Con invisibles manos y poderosas gubias, espátulas, martillos, modela dunas, juega con ellas y les otorga su justo lugar en el planeta. Aníbal Angulo volvió a casa para sembrar un hijo, para reconstruir en San Pedro la casa de sus mayores, para armar los múltiples talentos que en él se conjugan: la fotografía como rescate del cuerpo pasajero, la pintura del paisaje natal, desde el dibujo a carbón de sus criaturas hasta la abstracción que centra sus emociones en una ya muy personal paleta, la escultura que obedece fielmente a la forma natural de los materiales que el mar y sus aliados le entregan. La Paz es un sitio que exige la guerra del cuerpo y del espíritu. En sus excursiones que mucho tienen de asceta y peregrino, Aníbal Angulo encuentra el rincón inédito donde va a buscar las formas de la naturaleza. En el vasto cuerpo de la creación encuentra correspondencias.

El deslumbramiento es la peor enfermedad y el riesgo mayor del hijo pródigo. Reeducar la mirada. Volver al paisaje que nos formó —sin saberlo— en la inocencia, y traducirlo con las armas de la experiencia, es un viaje feroz e irreverente hacia la infancia. Tras haber mirado, tocado y descifrado el otro lado del mundo, lo mismo en la interminable geografía femenina que en las piedras de los lugares sagrados que le ofrecieron sus luces y sus sombras, Aníbal Angulo empuña sus herramientas como si por primera vez las conociera. Inédita es la lente de la cámara fotográfica; virgen, la paleta; aprendiz, el lápiz, porque el paisaje que nutrió la infancia está exigiendo formas adánicas de mirarlo. Todo retorno es maléfico, descubrió el jerezano al volver a la mansión de sus fantasmas, con la mutilación de la metralla. Para exorcizar verdaderamente a los fantasmas es preciso exi-



Aníbal Angulo, *Playa el Pulguero*, fotografía digital, 2011

gir las plenas potencias del aguafuerte, el óleo, el carbón, las gubias, la plata y la gelatina. Pero hace falta, además, acudir a medios de expresión que no han sido los habituales. Exigir a las palabras que rindan testimonio de este reencuentro entre un hombre y su querencia.

2

El azar calculado, que André Breton descubrió como la fórmula que hace del artista un mago que delira con los ojos abiertos, es uno de los métodos que Aníbal utiliza en sus exploraciones peninsulares. El mar ha traído a la orilla ramas de palofierro, palo amarillo, mangle y brasil, maderas utilizadas por los seris para custodiar el ánimo de las criaturas circundantes y convertir un trozo de madera en pelícano o ballena, en delfín o cacto.

“*Suiseki* es en Japón el arte de contemplar las piedras”, dice Aníbal mientras me entrega —reverencial y sobrio, sacerdote y camarada— la piedra que elige entre varias otras enterradas en la arena de Playa Cerritos, uno de los enclaves iniciáticos donde Aníbal hace varias veces la primera comunión de la mirada. La piedra parece una ballena. Al moverla y mirarla y al escuchar a Aníbal hablar de la veneración oriental hacia los minerales, se descubre la limitación de la palabra *como*. La piedra *es* una ballena y la ballena una metáfora absoluta. Al fondo, sin que aparezca la majestad serena de sus chorros, el mar es un camino de ballenas, la ruta por donde han pasado y seguirán pasando con la misma ceremonia con que las vio el poeta o el pintor anónimo que supo registrar por vez primera grandeza semejante.

Con esa entrega al mar, supremo escultor de hechicerías, Aníbal observa las formas de la madera, sus nudos

y torceduras, sus voces ocultas. Aquí el mar decidió esculpir una mano; en ese palo amarillo, las olas labraron un torso femenino; un pájaro disperso quedó para siempre en esa rama. Aníbal recoge, observa, traduce. Bautiza las cosas y les otorga su categoría de seres de creación.

3

En Playa Cerritos, Aníbal Angulo contempla el mar. En el nervioso y seguro carbón conducido por su mano, aguas y piedras se encrespan al unísono, pero exigen su respectiva representación en el papel. Un retrato realista del mar se va transformando, afinando, desnudando, como en los cuadros de Piet Mondrian, hasta llegar a su más pura geometría, hasta que erizos y caracoles, esponjas y acantilados descubren su condición primaria. No basta el carbón. Hay que enfrentar el color que inunda la mirada y devolverlo en fragmentos de eternidad. Para que el Sol no nos ofenda, hay que saber gritar más alto que su brillo, hay que ser más insolente que su grito.

4

La morada es el alma del artista. A unos cuantos kilómetros de La Paz, espera San Pedro, donde se halla la casa de los mayores Angulo. Arisco y austero, audaz y multicromático, el desierto proporciona sus materias originales. Todo debe servir, ofrecer su humilde origen para ser parte del hombre. Una gran cardona es el palo mayor de la veranda. La puerta es custodiada por una ballena tallada por Aníbal. Un horno, fiel heredero de



Aníbal Angulo, *Volver al mar*, fotografía digital, 2014

los antiguos, sirve al mismo tiempo para cocer una cabeza de res que para templar una pieza de cerámica. La damiana, de flores amarillas y olor profundo, de secretos poderes afrodisíacos, ha sido uno de los mayores desafíos. Tras varios intentos, Aníbal obtiene el fruto preciado: un licor de Damiana que bautiza Scammon, en honor al capitán ballenero Charles Melville Scammon, ese depredador del siglo XIX que causó la muerte de casi todas las ballenas grises de Baja California y que, como un tributo de arrepentimiento y homenaje al dios de los mamíferos marinos, escribió uno de los mayores tratados sobre el leviatán: *The North American Marine Mammals*.

5

En Punta Lobos, pelícanos, gaviotas y buitres marinos se arraciman sobre las vísceras de las criaturas vencidas por los pescadores que los destazan, ceremoniosos y rituales. Aníbal pide una gran lonja del lomo de un marlín, para vengar simbólicamente la derrota del viejo pescador de Hemingway, y tratar de entender otro de los cotidianos e indescifrables misterios de nuestro estar aquí. El poeta Eduardo Langagne narró épicamente aquel instante en que Aníbal Angulo luchó con un marlín para traerlo a tierra, para hacerlo parte de nosotros, sin otro pretexto que la lucha. Aníbal saca un marlín con la misma exigencia que se impone al mirar pausadamente a los pelícanos, registrar su vuelo rasante, su humorismo involuntario, su sacrificio ignorado. Por eso sabe de qué habla cuando traza su “Lección de dibujo para un poeta adolescente”:

Los tiburones son muy rápidos,
difíciles de dibujar.
Si no se parecen,
atacan.

Las mantas y las rayas,
más mansas,
no se enojan
si les ponen
lomos con tinta china.

Las canoas
con vela y botavara
sobre fondo azul
pescan dorados
con anzuelo de color
y carnadas de crayón.
La trinetilla
se deja en blanco.

Neblina,
olas encrespadas
rompiendo sobre la costa.
Al fondo,
nubes de chubasco.
Ponga en la paleta
todo el cerúleo del tubo,
azul de prusia, ultramar, turquesa,
verde olivo y siena tostada
pa' las rocas.
Ahora diga:
“Picasso nuestro que estás
en los cielos...”.